

diremos de él las palabras de otro pensador: "hay hombres en cuya presencia nos parece respirar una especie de oxígeno espiritual, que nos refresca y vigoriza, cual si aspirásemos el aire de las montañas o nos diéramos el placer de un baño de luz del Sol".

El recuerdo de Cícero nos ha vivificado: porque el espíritu selecto que lo animó es indeficiente luz que brillará por muchos años.

### **Elogio y semblanza del Dr. Julián Villarreal, al descubrir su retrato en la Galería de los Presidentes muertos \***

Por el Dr. GONZALO CASTAÑEDA

Están ya lejos los días, aunque cerca los recuerdos, en que Julián Villarreal y yo compartimos en esta Casa el pan y la sal de la vida escolar; en este mismo edificio antes prisión, hoy templo, en sus aulas oscuras y vetustas día a día nos miramos por cinco años. No sé por qué su persona pulcra y distinguida estuvo cerca de mí, quizá porque su alcurnia buscaba un contraste de pobreza y humildad. Era reservado, algo misántropo, irónico; su porte, de apariencia aristócrata y altiva, lo apartaba del bullicio estudiantil, pero su alma era bondadosa; era torpe y lento en el hablar, pero su expresión era maciza, su palabra no llevaba ropaje literario, sí substancia; destacó como estudiante, y su persona dejó una estela luminosa en las bancas de la Escuela. Pero no vengo precisamente a evocarlo como amigo y condiscípulo, sino como hombre de estudio, como académico y como médico de acción.

Vino del norte, era fronterizo, arrancaba de esa raza de brazo fuerte y de espíritu fuerte que chocó con el americano invasor, y que dió los mayores soldados de la Reforma, era un mestizo de aquella estirpe que allá luchó con los bárbaros, descendía de aquella generación que convirtió un páramo en tierra floresciente; era de Nuevo León, nació en la ciudad que fundara el Conde de Monterey, la hoy sultana del norte. No le tocó desplegar su recia heredad y las facultades combatientes de sus antepasados, en la

(\*) Leído en la sesión del 16 de mayo de 1938.

guerra ni en la política, su sangre de luchador tomó otra corriente, su carácter dinámico buscó otro rumbo y horizonte, su temperamento de empuje vino a lucirse en otro campo, tuvo por teatro otro ambiente, el de la Medicina; y en ésta, donde hay más valor y temple, la Cirugía. En el arte de operar, actividad que absorbió toda su vida, Julián Villarreal luchó y triunfó.

Su carrera prestigiosa estuvo envuelta en la fama, su nombre tenía auréola; en su historia profesional figuraba la novedad y la empresa, no se quedaba en los lindes de la imitación, era reformador; y como cirujano fué tipo de lo agresivo y valiente.

Su futuro se adivinó en las aulas, como estudiante de vanguardia era guión; se reveló también cuando preparaba su examen recepcional, su tesis no fué la copia anodina y tediosa de un libro, tampoco se amparó en los dictados y consejos de algún maestro, ni se puso a revistar o ponderar descubrimiento ajeno, se encerró en el anfiteatro y acometió la empresa de precisar y proyectar en el cráneo las localizaciones cerebrales; marcó, perforó muchas calaveras, con tezón y perseverancia meritoria hizo obra personal. Alumno todavía, llegó a preparador de anatomía topográfica, allí educó su habilidad manual y se hizo operador.

Cuando se cruza la juventud que es la edad plástica de la vida, y época en que se modela la personalidad, cuando en la escuela comienza el despliegue de la inteligencia y el carácter y se asoman las vocaciones, luego se advierte cómo será el hombre en el futuro; aunque esfumado, ya se mira quien será filósofo, financiero o político; buen médico, malvado, santo o domador de hombres, siempre los primeros destellos anuncian el colorido del sér. Desde los tiempos de colegial vi en el continente de Julián, pausado y cauto, que entre sus nervios traía alma de cirujano.

Juntos hicimos el curso de técnica en el cadáver, juntos repetíamos las operaciones. Confesaré a Uds. que la presencia, que la contemplación de un muerto siempre me ha impresionado, su silencio imponente me conturba, el contacto de un cuerpo humano yerto me causa como miedo y terror, me escarapela el espíritu; por eso, yo junto a la plancha me distraía, meditaba, pensaba en las cosas de ultra-tumba, tenía que dominarme, que abstraerme para trabajar, mientras que Villarreal despojado de lo humano, indiferente, frío, sólo veía la materia para henderla y esculpirla, se comportaba como obrero, y ante el problema funcionaban la

inteligencia y la mano, dejaba aparte la emoción; había nacido para jugar con la vida y con la muerte, era su destino la Cirugía. No pienso que haya sido extraño a la conmiseración y al sentimiento, creo que como todos pagó su tributo al ajeno dolor, pues aunque se dice que la profesión médica debilita la simpatía, es mentira, los médicos sufrimos, nuestra frialdad, nuestra indiferencia son simuladas y aparentes; lo que pasa es que se aprieta uno el corazón para que su aleteo no turbe, para que su inquietud no impida cumplir mejor.

Julián Villarreal, ya diplomado, se aventuró y cruzó el mar, el calor de su juventud lo llevó a Francia, traía alas para volar; una noble ambición dilató su mundo, su inquietud por el saber lo llevó a esa lejana fuente, quizo tocar con sus propias manos el cuerpo de aquellos maestros franceses que conoció en los libros, quiso oír su voz y recibir de frente la luz de su inteligencia; no se resignó a pasar un noviciado lento y trabajoso, no le conformaba la vida obscura de provincia; queriendo correr, competir y luchar fué a Europa para afirmar su conocimiento, estuvo en París con el prestigioso Pean, y en Reims con Doyen el genial, siguió sus lecciones, estudió con ellos, como él sabía estudiar, con perseverancia y tezón. Julián Villarreal era un enamorado de la fama, con ese aguijón que excitaba sus innatas energías, enriqueció allá su bagaje, fortaleció su ánimo y volvió a la Patria trayendo las primicias de una cirugía nueva, convertido en un soldado de vanguardia, sus contemporáneos lo vimos volver a México con los indicios de un futuro gran cirujano y ginecólogo. En aquellos tiempos, en la generación joven un viaje de estudio al extranjero, era un acontecimiento, siempre ha sido una hazaña de médico de agallas, de los que no caben en un molde, fué una sorpresa para muchos ese temprano viaje de Julián, que hizo mirar a su través a un hombre de promesa y porvenir.

Cada época quirúrgica tiene sus ideas y sus hombres; en México Montes de Oca representó en un tiempo la habilidad y la inventiva, Lavista el arrojo y el talento, Villarreal la ciencia y la técnica; hoy los ases del escalpelo forman constelación, pero hace treinta años una que otra estrella lucía, Julián Villarreal fué estrella. Cuando nuestra cirugía era todavía anticuada, empírica y cruenta, cuando traía aún hecatombes y poblaba cementerios, Villarreal comenzó a distinguirse por la novedad y el éxito, empezó

a figurar y a sonar su nombre en la primera década del siglo; aquí entonces, la celiotomía era obra de virtuoso, una laparotomía por ataque a una víscera cosa solemne y espectacular; él con su acometividad, con su instrucción y ejemplo infundió confianza, convertía lo grave en benigno; los progresos, las novedades de allende nos llegaban tarde, él importó adelantos, abrió, impulsó una nueva era; la historia de la Cirugía en México no podrá escribirse sin mencionar su nombre. En los últimos años de su carrera tuvo émulos y rivales, pero nadie lo superó en ponderación y juicio; los años no menguaron sus ímpetus y facultades, conservó los atributos del cirujano, valor sereno, calma, prudencia, temperamento artístico.

Joven todavía, se incorporó en el Protomedicato de México, compitió con las lumbreras de su tiempo y en edad temprana fué ya personaje y prócer. Su campo de acción fué amplio; en el Hospital González Echeverría adquirió experiencia; en el Hospital General afirmó su saber; en la Cruz Roja hizo el bien; en su Sanatorio buscó el pan; pero veámoslo como académico, que es como nos pertenece. Aquí, a esta Academia de Medicina entró ya con méritos y en memorable concurso, fué miembro asiduo, y por treinta años en este ámbito de luz pensó, habló, laboró: llegó a la Presidencia. No lo opacaron los hombres nuevos, en su actuación académica fué al principio revolucionario e innovador, después, no quedó atrás en el movimiento de avance, y al último fué en Medicina un corifeo de la reacción, un conservador; en su carrera personificó esas etapas de la vida científica y espiritual: primero, todo arranque, todo ímpetu y valor, después ecuanimidad y equilibrio, al final, oposición a cuanto se desborda y entusiasmo; su vida académica se desplegó con brillo, sus trabajos trajeron sabiduría y fruto; la Gaceta guarda su nombre, escribió en ella un bello capítulo de nuestra historia médica.

No tuvo carrera docente, no ocupó la cátedra, no quiso o no fué llamado, pero si él no fué a los discípulos, los discípulos fueron a él; no fué profesor, fué maestro, formó Escuela, médicos que después han lucido, salieron cirujanos de su anfiteatro, su ejemplo y su enseñanza animaron, hicieron progresar la ginecología quirúrgica.

Cuando un hombre sin teatro y exhibición llega a la fama, cuando aunque trabaje apartado su labor trasciende, es que vale,

ese tipo fué Julián Villarreal, a puro golpe de éxito venció las resistencias y conquistó la opinión; tuvo personalidad médica y prestigio interprofesional, no fué un potentado de la burocracia, pero en la sociedad fué un personaje, y en su carrera príncipe. Hay un hecho que lo consagra: un día quedó sin Director la Escuela de Medicina, según el público decir se había alejado de allí una lumbrera; el Ministro de Instrucción Pública se preocupó, vaciló, pensando que la Dirección había quedado a oscuras quiso cubrir la vacante con un astro; a aquel funcionario, aunque lejos del círculo médico, había llegado empero el nombre ilustre de Julián, se acordó de él y fué a su casa a ofrecerle el puesto; este pasaje es elocuente y decisivo, quiere decir que el valer se impuso y que el hombre era mirado en una altura, a la altura de tan en-cumbrado honor.

Su puesto y papel en la cirugía mexicana, la crítica de su actuación, el precio de su obra médica son cosas juzgadas; en el futuro su nombre será discutido, quizá negado, pero aún sobre las olas de la pasión flotará una personalidad y un carácter; nos enseñó el camino por donde se asciende, dejó páginas que se consultarán.

Pero en la biografía de Julián Villarreal hay un capítulo más humano y romántico y que escribió, no su pluma, sino su bisturí, fué el que dejó en la Cruz Roja de México, capítulo ornado con ciencia y caridad; allí su saber fué como el manantial que brota en la cima y baja en torrentes a fecundar los valles; allí su caridad fué como el calor que baja del sol y llega en fuego a calentar la fría y mísera existencia; la Cruz Roja es refugio, es calor, es áncora. Esa fundación desde su nacer recibió el aliento de Julián, le entregó después todo su corazón y pensamiento, allí limpió su alma, allí grabó su nombre y su memoria; esa Institución hoy ilustre y benemérita, que envuelta en la simpatía popular vive y cumple, tuvo con Villarreal una acción que la ennoblece. Me dicen que cuando era Director, al presentarse, la campana daba cuatro toques, aquel día que llegó en ataúd sonaron las mismas campanadas, aquellos sonos hablaron, dijeron, llega el Jefe, aquellas vibraciones del metal dijeron: Villarreal no ha muerto, Villarreal vive; qué hermosura, qué apoteosis, qué nobleza; allí quedó redi-vivo, fructifica su enseñanza, se ve su mano, sopla su espíritu.

Si en la sociedad fué caballero, en su profesión ilustré y en la Academia conspicuo; si en la brega quirúrgica dejó huellas, como mexicano honró a su patria y en la Medicina lució, también como benefactor merece nuestra alabanza y encomio. Si la Cruz Roja ya le rindió su homenaje, la Academia en la ceremonia de hoy, lo exalta, le dedica su pensamiento y lo coloca en la galería de sus hombres grandes.

Señora González Cosío de Villarreal: siento honor al dirigirme a Ud. porque lleva sangre de un patriota, de un republicano que combatió al invasor, siento cariño al hablarle a la dama que tuvo en su regazo a mi compañero de colegio y a la mujer misma que lleva su espíritu; me es grato, me hace feliz la dicha, que debo al Sr. Presidente, de haber hecho el elogio y la semblanza de un co-académico distinguido; me siento grande al poder decir en nombre de la Corporación y en este acto solemne: Julián Villarreal, vuelve al recinto donde pasó horas de su vida, no viene a ocupar el sitio de otros días, sino otro más alto, el que ya lo esperaba; salió ayer, entra hoy y sube a la galería de los grandes, allí estará mientras la Academia viva.

## DOCUMENTOS RELACIONADOS CON LA VIDA DE LA ACADEMIA

### Reseña de los trabajos de la Academia Nacional de Medicina en su LXXIV año social (1937-1938) \*

Por el Secretario Perpetuo Dr. ALFONSO PRUNEDA

Una vez más, para cumplir con el precepto que establece nuestro Reglamento, vengo en esta noche a dar a conocer a las autoridades que nos distinguen con su presencia, a los representantes de las corporaciones científicas que se asocian a la nuestra para compartir nuestra satisfacción y a los señores académicos, factores principales de la obra realizada, las labores desarrolladas por la Academia Nacional de Medicina de México en su septuagésimo cuarto año social. Y me es particularmente grato hacerlo,

(\*) Leído en la sesión solemne del 10 de octubre de 1938.